

SAL FUERA.

Introducción. Seguimos caminando en el deseo de introducir en nuestra forma de vivir la gracia y el regalo de lo que significa la resurrección. Es vivir como experiencia propia la alegría de la Pascua. Saber que podemos pasar de las muertes, a la vida en abundancia tiene que ver con salir de nuestros sepulcros. Uno muy habitual es el del dolor y el del sufrimiento, tanto el físico, como el psicológico. El sufrimiento tiende a centrarnos en nosotros mismos. Nos replegamos hacia dentro, recordando una y otra vez lo desgraciados que somos, lo injusto de vivir esta situación que nos quita vida, que nos entristece. Y sumergidos en medio del dolor, todos los pensamientos que nos envuelven suelen servir para ratificar una y otra vez nuestro punto de vista. La culpa es de los demás, y soy yo el que sufre la incompetencia de los demás. Y en ocasiones todo lo contrario, nos laceramos una y otra vez, como jueces inmisericordes. Nos lamamos de todo, indignos, pecadores, malísimos, verdugos. Ni la condena de todo el mundo, ni la autoflagelación son respuestas sanadoras. Resucitamos en la medida que escuchamos la voz de quien nos rescata, de quien nos invita a levantarnos y a seguir el camino, aprendiendo de nuestros errores, pero lanzados con ilusión a la llamada de la vida que nos invita a seguir. Y hay personas que se sienten súper a gusto envueltos de dolor. Porque es más cómodo victimizarse, y lamerse continuamente las heridas, que disponerse a salir de uno mismo y brindar nuestra vida como sanación y ayuda para los demás.

Estar mal es una forma inconsciente de llamar la atención, es el reclamo de la atención de los demás. Y es maravilloso que las personas desarrollemos nuestra capacidad de compasión, de empatía, de generosidad. Pero más cierto es que acercarnos para dar consuelo no es una finalidad. El objetivo es que la persona se levante de su postración, y se disponga a ponerse a servir. Jesús no se quedaba al lado del sufriente y perpetuaba la situación. Sino que su acción sanadora buscaba la incorporación del enfermo, después de su sanación, para que se convirtiera en ayuda para los demás.

Lo que Dios nos dice. *“Los letrados y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio, la colocaron en el centro, y le dijeron: —Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés ordena que dichas mujeres sean apedreadas; tú, ¿qué dices? —decían esto para ponerlo a prueba, y tener de qué acusarlo. Jesús se agachó y con el dedo se puso a escribir en el suelo. Como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo: —Quien de vosotros esté sin pecado tire la primera piedra. De nuevo se agachó y seguía escribiendo en el suelo. Los oyentes se fueron retirando uno a uno, empezando por los más ancianos hasta el último. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí de pie en el centro. Jesús se incorporó y le dijo: —Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella contestó: —Nadie, señor. Jesús le dijo: —Tampoco yo te condeno. Ve y en adelante no peques más”. Jn 8,3-11.*

De aquí en adelante vive permaneciendo en la alegría de una mirada que no te juzga, que no te condena, sino que te devuelve tu dignidad. Si la mujer perdonada se quedara en el suelo, no se dejara incorporar por los brazos poderosos y cariñosos de Jesús, nos sorprendería. Pero es lo que hacemos una y otra vez en nuestro camino de seguimiento. Es más cómodo repetirnos una y otra vez lo malos que somos, lo egoístas, lo pecadores, que disponer nuestros mejores talentos y nuestras mejores capacidades para ponerlas al servicio de los demás. La culpabilidad es estéril y dañina. Porque no nos deja caminar ni construir futuro. Nos aleja de los demás alejándonos del curso de la vida, por eso es necesaria la humildad de quien reconoce que nos puede cambiar los errores del pasado, pero sui revertirlos en motivos de vida y de amor.

“Ante todo, mantened tenso el amor mutuo, pues el amor cubre una multitud de pecados.” 1ª Ped 4,8.

Por eso uno de los frutos de la resurrección es dejar de vivir avergonzados por nuestro pasado y volcar toda nuestra creatividad en este presente tan necesitado de esperanza. Un acto de amor cubre un montón de meteduras de pata. Algo anda mal en nosotros cuando a lo largo de una jornada en la que hago muchísimas cosas bien, pesa más en el balance final del día las cosas negativas.

“¡Oh!, conocerle a él y el poder de su resurrección, y la participación en sus sufrimientos; configurarme con su muerte para ver si alcanzo la resurrección de la muerte. No es que lo haya conseguido ya, ni que sea ya consumado; yo continúo para alcanzarlo, como el Mesías Jesús me alcanzó. Hermanos, yo no pienso tenerlo ya conseguido. Únicamente, olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio del Mesías Jesús”. Fil 3,10-14.

Jesús se vuelve maestro cuando en su camino de mayor sufrimiento camino del calvario, no se repliega en su desgracia, sino que como venía haciendo a lo largo de su vida, dirige su mirada a los que le necesiten. Su mirada está puesta en la Verónica que viene a enjugarle el rostro. En el cireneo que le ayuda a llevar la cruz, en María su madre, en Juan el discípulo amado, hasta en el buen ladrón. Jesús ha desarrollado su forma de vivir atendiendo a los demás. Es así como sale del sepulcro, del sentimiento de soledad, de fracaso, de desesperación. Y es capaz de llenar de amor la situaciones que empañaban de luto y de tristeza la vida de los que por miedo a la entrega se pasaban la vida huyendo.

Cómo podemos vivirlo. Hay una escuela de vida en la oferta de Jesús de que le sigamos acogiendo cada uno la cruz que nos toca llevar. Porque en el rechazo de lo que nos cuesta vivir se nos pierden diariamente un montón de oportunidades de crecer, de madurar, de resucitar.